

tero patas arriba, las olitas del río brillando boca abajo, en lugar del cielo, sin volcarse. Igual que cuando yo estaba guardado en usted y miraba por sus ojos; una larva solita en el panal oyendo gotear la miel del otro lado. (pp. 29-30)

La asesoría como fidelidad a los hechos sucedidos sólo sobrevive a merced del que tiene que morir —o ya está muerto, como Chepé—. Porque se trata de un recuerdo cercano al origen —a los hechos— es que se enlaza con la muerte. Entre lo que va de uno (Nonato) al otro (la madre), entre el hecho (violencia y violación) y su recuerdo desviado por parte de la madre; entre el deseado olvido (o su represión) y la repetición fiel (o los «tambores» del recuerdo), la vida no va a nacer.

De ahí que en este relato, la posibilidad de la narración —de la voz que actualiza el recuerdo— a través del lenguaje, esté problematizada. Y que la virtualidad del lenguaje se realice por medio de un silencio (represión, murmullo) confrontado al ruido (el de los tambores, los truenos, la correntada). La represión, el mascar, «cuchichear» (p. 25) las palabras, como los golpes que se reciben, se contraponen a la obnubilación (= otro silencio) producida por una masa desordenada de sonidos. El lenguaje es aquí, y elocuentemente, figura de la muerte.

Extraña paradoja que presenta el relato: un lenguaje que es muerte pero no por ser escisión respecto de su objeto sino justamente por la razón contraria¹². La simbiosis con los hechos (la violencia de los soldados) que se refieren, es muerte porque reitera la identificación con la madre, la instancia anterior a la vida separada¹³:

Porque lo que a mí me derrite de gusto y me cura es hablar de esas cosas de antes de nacer; no para hacerla sufrir, créame; sólo para estar más juntos; me hacen sentir que vuelvo a entrar en usted hasta quedarme bien empapado de su oscuridad, arropadito en lo caliente de su angustia, sintiendo en mi cabeza el cimbrar de sus pasos que me aquietan con su propia inquietud (...). (p. 30)

A su vez, si la simbiosis del niño con los hechos es la razón de la compulsión a repetir lo mismo, es ella la que impide el cambio. En otras palabras, la instancia de conjunción entre lo uno y lo otro, entre lo real y la palabra que lo refiere, cancela la posibilidad de la metamorfosis de lo vivido en recuerdo (falsificación).

Recuerdo que no es olvido: no se recuerda para borrar, cambiar; se recuerda para repetir —representar— siempre lo mismo. El tiempo no ayuda en tanto no puede imprimir su ingrediente de modificación. El hecho se mantiene idéntico, o mejor, se consolida una y otra vez por obra de la repetición. Es por ello que los recuerdos son «parecidos a grandes pájaros cluecos empollando los otros recuerdos más chicos de después» (p. 26): siempre presentes, siempre llenos, siempre dispuestos a re-gestarse, a representar el nacimiento de lo mismo.

Y es, asimismo, por esta razón que los recuerdos «se arrastran como con hambre y empiezan a comer los bichitos [de luz] hasta dejar el frasco vacío» (p. 27). Nuevamente plenos y visibles al haber consumido la luz: los recuerdos que son «cosas» se comen la vida porque son la vida. Lo real y el recuerdo son uno. De ahí la imposibilidad de un espacio (o de un tiempo) para otra cosa que no sea esto que se repite.

¹² Véase Jacques Lacan *Escritos I* (México: Siglo XXI, 1984), pp. 265-278; asimismo, Anika Rifflet-Lemaire, *Lacan* (Buenos Aires: Sudamericana, 1986), sobre todo las pp. 97-113. La exégesis de Lemaire tiene como centro la discusión en torno a la categoría de lo simbólico (= el orden del lenguaje de acuerdo con Lacan) como aquello que conlleva la escisión del sujeto respecto del objeto.

¹³ Simbiosis que es también muerte porque anuncia la vuelta al claustro (metafóricamente): otra figura —esta vez total— de lo mismo.

Compulsividad del recuerdo que parece no estar pasado por la mediación de lo simbólico (aunque se refiera por la palabra). Identificación, entonces, del ser con lo que está antes del lenguaje: si no existe la distancia (=si el recuerdo representa los hechos sin cambiarlos), el lenguaje sólo puede ser una suerte de silencio que evoca el estadio anterior a su actualización (=la instancia sin lenguaje). De ahí, acaso, que lo que se dice en el relato sea incommunicable, de ahí que el otro no pueda más que responder negando, silenciado. Se niega la fidelidad del recuerdo, la posibilidad del no-cambio, para poder seguir viviendo (olvidando). Porque la madre vive gracias a la represión, gracias al olvido; su hijo debe de haber nacido muerto.

Silenciar la voz sería también matar lo que va a nacer: Nonato no ha nacido porque carece de identidad propia; no puede hacer uso de un lenguaje que en la apropiación de cada hablante, lo confirma como *otro*. Se es uno porque se es (se puede ser) otro a través de la palabra que refiere a cada persona. Se posee identidad porque se puede falsificar, cambiar, distanciarse. La narración hecha en los términos de Nonato nos devuelve una y otra vez a la imagen de lo que no ha nacido o que está ya muerto.

Si la palabra sólo repite el hecho sin que medie la escisión entre lo uno y lo otro, si el ser está todavía unido a la madre, no existe el espacio necesario para la ocurrencia del diálogo. Es la fusión con lo mismo, la estructura de repetición —que no es nunca *diferenciada*— lo que hace que el lenguaje sea «silencio». La posibilidad de la interlocución aparece aquí unida a la necesidad del olvido.

La narración que es incapaz de articularse dentro de la instancia distanciada del recuerdo, se conforma, por el contrario en la búsqueda del silencio central: lo que está fuera de la repetición de lo mismo, la muerte, símbolo de la vuelta al claustro. Eterno presente de la repetición: historia en cápsula, quizá, de Latinoamérica. Preso en el infinito malo del recuerdo, se pide (como en Donoso) la cerrazón de la muerte¹⁴.

No es un accidente, entonces, que el recuerdo-hecho esté en el origen, la instancia previa a la salida a la vida. En este sentido el recuerdo puede constituirse en el relato como un homólogo de la muerte. La masividad con que se articula es la que anuncia, al final, la actualización de lo que no tiene límites.

Aquí está quizá la distancia mayor entre «Nonato» y el temprano relato «Lucha hasta el alba». La escritura no es en el primero, no puede ser, sustituto de la instancia paterna en el sentido en que aparece en «Lucha...»¹⁵. Porque mal puede sustituir el que no participa de los movimientos «desoriginarios» (de huella) del lenguaje. Nonato repite paradójicamente sin sustituir, sin desplazar lo uno (el hecho) a lo otro (su recuerdo/olvido). O, en último caso, la inanidad de la narración en tanto intento de comunicación, será la razón de su desaparición; el hijo le dejará el lugar al padre:

(Y) sólo sé que un muerto, a quien llaman mi padre, ha entrado a compartir conmigo un lugar donde no cabemos los dos. Y sé que tarde o temprano él va a acabar sacándose de ahí. (...) Yo debo poner un contrapeso en la balanza que la hace sufrir (...). Yo quiero aliviarla a usted de una sobrecarga que la parte en dos para nada; que ha convertido su vida en sufrimiento.

(p. 34)

¹⁴ Los dos casos son comparables, salvando las diferencias. Véase mi trabajo sobre Donoso. «El adiós a la semejanza», en Inti, Revista de Literatura Hispánica, nos. 24-25 (otoño 1986-primavera 1987), pp. 61-77, especialmente pp. 68-73.

¹⁵ Véase el estudio dedicado a este relato (y su realización fílmica) por Jean Alsina, Michelle Debax, Milagros Ezquerro y Michèle Ramond, «Presentación del film: La partie d'écriture: Lucha hasta el alba de Augusto Roa Bastos», en Augusto Roa Bastos: Actas del Coloquio Franco-Alemán..., ed. cit., pp. 41-57.

O, acaso, se abandona el espacio físico para brindar el lugar que se necesita para reconstruir la historia en los términos del olvido, de una falsificación que «le ha(ga) crecer el alma» a la madre (p. 31). Así como en Donoso la escritura, en tanto proliferación de versiones, es premonición del cierre de la voz, aquí el relato no «mata» al padre, es anticipo de su propia destrucción o autodestrucción.

Como Funes el memorioso, Nonato podría oponerse a todos aquellos narradores —borgianos o no—, no confiables, impugnables, «indignos». Ambos reproducen fielmente; ambos deben morir para que la historia pueda contarse. Narrador que vive unido a los hechos, Nonato no puede referirlos sino de la manera como ocurrieron. Si hay una conjunción con la instancia paterna (=la que provee el lenguaje en la interpretación lacaniana), ésta sólo se articula en el sentido siguiente: el que *posee* los hechos no necesita del lenguaje¹⁶. Y de ahí que no se «muera» por vía del lenguaje sino de la vida misma.

Detentar la posición de los hechos es, asimismo, no tener identidad, conciencia histórica, otredad respecto de sí; o sea, su muerte, nuevamente. Nonato no puede «ser» su padre porque no usurpa su lenguaje: «encarna» la realidad, su violencia. Debe morir para dar paso a la narración de la (las) historia(s). Narración a contrapelo de las *1001 Noches*, en «Nonato» hay que morir para contar, para que los otros puedan apropiarse del relato.

Los recuerdos de Nonato se cancelarán para dejar el lugar al padre. Inversamente, su muerte dibuja la figura de la deseada fusión con la madre a partir de la extinción en el agua. La nada final de Nonato lo reintegrará a la transparencia de lo uno, a la memoria vacía de lo inorgánico. En ella, la ausencia de identidad, el registro de simbiosis no le será negado. Porque en la muerte, el ser nada le rescatará de su condición de pedazo agregado que no sirve, que no puede consumirse, por estar desprovisto de olvido.

El lenguaje, esto es, el «padre», suplantará al espacio de los silencios de Nonato y de los ruidos que «tamborean dentro de [él] sin descanso» (p. 35). La escritura como muerte (=la narración de lo que podrá ser recuerdo) ocupará el sitio del que no ha nacido. Narrar es muerte, entonces, en tanto aquella incorpora la distancia implícita en el orden simbólico del lenguaje. O, en otras palabras, se muere cuando se pasa a la instancia del lenguaje, se muere para dar lugar a la historia de los hechos. El relato —la literatura— narra la muerte sin erigir en ella ese espejo del infinito del que habla Foucault¹⁷, ese espacio siempre posible en el interior del lenguaje en donde el doble —o los dobles— articulan una repetición que se quiere como eternidad de una vida en permanente lucha contra la muerte.

«Nonato» se constituye así como la negación de esa posibilidad de apertura provista por lo simbólico. Y, por consiguiente, como imposibilidad de una infinidad suplemetaria, la de la escritura. No hay dobles aquí, no hay espejos, sólo la vacía repetición, el ruido/silencio de una contra-vida.

Lelia Madrid

¹⁶ Véase Jacques Lacan, *ibid.*; respecto de la problemática presente en *Yo el Supremo*, véase Roberto González Echevarría, *The Voice of the Masters (Austin: University of Texas Press, 1986)*, pp. 65-85, especialmente p. 71 y pp. 77-80.

¹⁷ Véase Michel Foucault, *Language, Counter-Memory, Practice*, ed. Donald F. Bouchard (*Ithaca: Cornell University Press, 1977*), sobre todo las pp. 53-67.



Buenos Aires. Años 60. Foto
Alicia D'Amico